

La Hoja Obrera

Publicación periódica de la
Organización Comunista Proletaria



De las Protestas al Estallido Social en el capitalismo actual: desde Argentina y Chile a Bolivia

Todo ajuste continuado y que no tiene fecha de finalización genera en la mayoría de los casos reacciones de los ajustados por cuanto pasan de un estado de vida, con mayor o menor grado de explotación y pauperización, a siempre uno peor, en donde el nivel de explotación y pauperización aumenta, pero generando un creciente y sin fin proceso de exclusión. Caído el muro de Berlín como símbolo potente de un rápido proceso de finalización de la experiencia del llamado “socialismo real”, disuelta la Unión Soviética junto a sus países satélites y reconvertidos los países “socialistas” de Asia al capitalismo (principalmente China y Vietnam), el capitalismo ya no tuvo necesidad de continuar ese experimento de inclusión obrera que fuera el Keynesianismo y su Estado de Bienestar. Qué en América Latina se expresó vía los regímenes de liturgia nacionalista y una práctica económico-política de tinte “popular” en donde la categoría pueblo en tanto amalgama de clases fue el sujeto central del proceso de cambio con el ingenuo objetivo de generar un “capitalismo nacional inclusivo”. Ante esta caída, se impone el capitalismo neoliberal sinónimo de ajuste permanente y transferencia, también permanente, de ingresos de los trabajadores hacia la burguesía, y más precisamente al gran capital concentrado.

Siempre la clase obrera industrial y el más extenso abanico del resto de la clase trabajadora, son el objetivo del ajuste, por cuanto el capitalismo, ya sabemos, se estructura en dos clases principales, una que genera la riqueza (vía el mecanismo de la plusvalía) que se corporiza en la clase obrera y trabajadora en sentido amplio, y otra, dueña de los medios de producción, que se apropia y beneficia de esa riqueza, por medios de los diversos mecanismos de circulación necesarios para la materialización de la plusvalía y ganancia burguesa. La primera la entendemos como aquella que vive de su salario, sin importar como éste se objetiviza (salario directo propiamente dicho, o salario vía emprendedurismo) y que tarea realiza el trabajador, ya sea directamente en la producción generando el mismo la plusvalía, o en el sector servicios que oficia de estructura de sostén, armado y vehiculación indispensable para la generación de la plusvalía.

La clase obrera en su conjunto es siempre el objetivo del ajuste. Es que la más efectiva y rápida manera, sino en muchos casos la única, que tiene la burguesía de aumentar su tasa de ganancia es aumentando la plusvalía, o sea la explotación al trabajador. Esto significa disminuir siempre el salario, tanto de forma directa como indirecta (esto último implica mecanismos de compensación de sus gastos básicos en salud, transporte y alimentación vía las regulaciones estatales, con subsidios, beneficios, mecanismos varios de control de precios, etc.).



El límite de todo ajuste suele ser la tolerancia de los ajustados, dada la premisa básica, fundamental y fundante del capitalismo que es la contradicción capital-trabajo. Aquella que establece que el capital es dependiente de la fuerza de trabajo para obtener la plusvalía y cuanto más explota más plusvalía obtiene, pero es la fuerza de trabajo misma quien permite la realización de esa plusvalía, vía el consumo de mercancías producidas. Con una clase obrera cada vez más ajustada, es decir con menor salario, el mercado se restringe y se achica el consumo y por lo tanto también la plusvalía total, así como la producción. La consecuencia es la desocupación por un lado y la relativa disminución de ganancias por otro (generando incluso un reacomodamiento del capital y los distintos sectores de la burguesía). Esto lleva recurrentemente a crisis sistémicas que son las que venimos viviendo desde la implantación del capitalismo neoliberal, con especial fuerza en América Latina. Capitalismo neoliberal que tiene a sus íconos iniciales en la dictadura de Pinochet en Chile y de Videla-Viola-Galtieri-Bignone (“Proceso de Reorganización Nacional”), en Argentina.

Pero conjuntamente a este traspaso de ingresos de unas clases a otras, se produce un re-acondicionamiento de las luchas, disminuyendo o casi eliminando la capacidad de reacción de las clases trabajadoras para reclamar por los derechos conquistados. Esto se inicia con los fuertes dispositivos de tortura, desaparición y muerte, regentados por los mecanismos de control social del aquel todavía en auge imperio yankee y se consolida con el cambio de imaginario y la imposición de una nueva hegemonía cultural, en donde los movimientos sociales primero y su perfección el wokismo después, mutan drásticamente el eje de los conflictos. Del clasismo anticapitalista que representa toda reivindicación real de la clase obrera por cuanto establece un final absoluto y definitivo a la explotación capitalista, para su reemplazo por el socialismo y comunismo; se pasa a reivindicaciones parciales, de grupos que no atacan la médula de la explotación sino que se asientan en reclamos hacia las condiciones de producción (medio ambiente, factores territoriales, condiciones de vida, desocupación, indigenismo naciente, etc.). El punto culminante en el presente de este deterioro profundo de la conciencia anticapitalista lo representan los reclamos identitaristas-individualistas de movimientos sociales muy diversos, acompañados de dispositivos punitivistas disciplinarios, rápidamente puestos en marcha también, y no por pura casualidad, a partir de mecanismos institucionales impulsados por la propia burguesía en el poder. De un proceso de transición que pasa por los movimientos sociales, se termina en la implantación de luchas que son directamente alentadas, fomentadas y financiadas por el gran capital multinacional, en su intento por ralentizar la crisis, ahora sí definitivamente manifestada, del imperialismo yankee en tanto líder de la hegemonía occidental.

Ajuste y punitivismo son los mecanismos entonces del capitalismo neoliberal. La pérdida abrumadora de conciencia de clase de los sectores obreros, dada la batalla ideológica ganada por la burguesía transformando definitivamente los sindicatos en instituciones formales de la patronal, encerradas a su vez en sus propios negocios comerciales-políticos, y trasladando el eje de la discusión de la clase con propósitos revolucionarios-anticapitalistas a los individuos, o a lo sumo grupos sectoriales, con propósitos primero reformistas y ahora ya directamente punitivistas, generando directamente una lucha intra-clase trabajadora.

Sin conciencia clara de clase explotada, con objetivos de reivindicación cuasi-inocuos para la hegemonía explotadora, asumidos como propios pero impuestos desde el poder, la clase trabajadora en su conjunto ha perdido su poder de veto, y ni que hablar del poder de transformación de los procesos de opresión y alienación impuestos por la burguesía, votando incluso masivamente, una y otras vez en las elecciones burguesas, a los más rancios representantes de poder esquilmador y ajustador (léase Milei en Argentina, Katz en Chile y Paz en Bolivia).

Si vamos ahora a los últimos ciclos de protestas, podemos partir por Chile, que recién varias décadas después de la dictadura pinochetista inició un ciclo de protestas liderado y casi monopolizado por los estudiantes, con ausencia notoria de la clase obrera. Es clara la incapacidad estudiantil por sí sola de generar procesos de transformación profunda de los mecanismos de explotación, por su posición estructural accesoría en la producción. La clase obrera chilena sufrió la sangría generada por la genocida y claramente dictadura anti-obrera. Totalmente fragmentada y flexibilizada, con la exclusión y desocupación como espada de Damocles en tanto amenaza permanente, y con sindicatos absolutamente minimizados y vendidos a la burguesía, nunca se ha plegado de manera visible a las protestas, por lo cual se han sucedido en Chile gobiernos que oscilan entre un tibio progresismo que solo suaviza el ajuste, y una extrema derecha que lidera claramente la profundización absoluta de los procesos de explotación, opresión y alienación sobre la clase obrera y el pueblo.



Argentina viene perdiendo sistemáticamente una clase obrera que fuera históricamente fuertemente organizada, que en épocas pre-dictatoriales se disputaban su posicionamiento entre un peronismo, a lo sumo reformista (por cuanto esto es el peronismo) y una izquierda con múltiples variantes de matices teórico-ideológicos pero que siempre tenían a la revolución socialista como horizonte. La genocida dictadura iniciada en 1976 representó el punto de inflexión, aniquilando a la clase obrera revolucionaria. Post dictadura ya casi no queda disputa entre peronismo e izquierda, monopolizando el primero y transformando cada vez al movimiento obrero organizado en no más que un apéndice legitimador del poder burgués. Las izquierdas post-dictaduras, vale aclarar, fueron abandonando a la clase obrera, abrazándose gradualmente a los movimientos sociales no clasistas, para recalar en el presente en un wokismo social liberal no solo inocuo a la burguesía, sino que incluso promovida por esta. A medida que se suceden los gobiernos más abiertamente neoliberales (radicales, peronismo menemista, macrismo) o más de tinte reformista-progresista (peronismo kirchnerista) la clase obrera se desdibuja cada vez como clase políticamente opositora al capitalismo y los mecanismos formales de reivindicación, o sea los sindicatos, se transforman cada vez en agencias de negocios, socias directas del poder burgués. La desmovilización es la consecuencia, tanto es así que las protestas y el mismo estallido del 2001 fueron siempre protagonizados por movilizaciones de múltiples organizaciones sociales varias e infinidad de iniciativas individuales, estando la clase obrera casi ausente en tanto organización. En síntesis, la movilización anticapitalista en el periodo post-dictadura o fue muy débil o estuvo directamente ausente. En consecuencia el poder real nunca vio amenazada su estabilidad. Con Milei se profundiza y acelera de manera inusitada el ajuste, pero la explosión social no aparece. Salvo sí, múltiples manifestaciones puntuales en donde la clase obrera ligada a la producción nunca fue la protagonista. Estatales, docentes, jubilados, afectados por los ajustes en salud, más la corporación universitaria son los sectores que movilizan con reivindicaciones puntuales con escasa o ninguna conexión entre sí. La única mella que padece el gobierno de extrema derecha de Milei es por sus contradicciones internas, tanto es así que el capital concentrado ya le está buscando recambio al líder, con el único motivo de sostener el modelo de ajuste.

Bolivia tiene una larga historia de lucha de su movimiento campesino y obrero. No tuvo una dictadura del tono de sistematicidad genocida como la argentina y la chilena, independientemente que la clase obrera ha sido objeto de represión como en todo país capitalista. Bolivia también por su propia conformación social con una clase media claramente menor en relación a sus naciones hermanas, nunca tampoco se han desarrollado con fuerza los reformistas movimientos sociales pequeñoburgueses, y ni tampoco el wokismo adquirió una importancia que pudiera llegar a conducir ninguna protesta relevante. Así y todo el capitalismo neoliberal no faltó a su cita y fue transformando una muy injusta sociedad altamente polarizada con niveles de explotación de las clase trabajadoras infinitamente más altos en relación a sus países vecinos, en una sociedad todavía más injusta y con mayores niveles de explotación y exclusión. Hasta el surgimiento de MAS, que accedió al poder con Evo Morales como líder, la receta de ajuste infinito neoliberal no tenía freno. El "Moralismo" masista atemperó el ajuste, y liquidó toda reivindicación clasista que portaban obreros y campesinos desde la revolución de 1952, reemplazándola por la liturgia del Buen Vivir, con raíces entre indigenistas (asentadas en el fraude conceptual del Abya Yala) y reformista-populistas. Ante el fracaso en generar algún cambio cierto y por su propia incapacidad, corrupción y traición interna, el masismo cae y asume nuevamente el poder la extrema derecha. Ajuste brutal nuevamente y hoy, en pleno mayo 2026, campesinos y obreros vuelven a las calles pero ya sin organización real detrás, por lo cual se sigue con la receta de las protestas y estallidos como reacciones espasmódicas al ajuste intolerable, sin una estrategia de lucha auténticamente anticapitalista y transformadora, por lo tanto, de raíz.

Es por esto que hoy más nunca es absolutamente indispensable retornar al camino de la clase trabajadora autónoma en su lucha anticapitalista. Las protestas y estallidos sociales espasmódicos son el germen inicial necesario para la reorganización de la clase obrera como fuerza social transformadora. Solo con la clase obrera liderando toda protesta y estallido social y creando mecanismos de doble poder, la transformación anticapitalista real podrá ser posible.

En este camino, difícil por cierto, nos inscribimos desde la **Organización Comunista Proletaria**, convocando a toda otra agrupación y fracción de lucha a sumar fuerzas en pos de la reconstrucción de una fuerza social anticapitalista con centro en la clase obrera, necesaria para tomar el Cielo por Asalto

